

BLANCO Y NEGRO

MADRID, 26 DE ENERO DE 1963
N.º 2647 • 15 PESETAS

En este número:

EL MERCADO COMUN ALZA UNA BARRERA QUE EL COMUNISMO NO PODRA SALTAR

Por Vicente GÁLLEGO

Los camareros del
Café de Gijón
parecen ujieres
de la inmortalidad

FOTO BASABE



El *Café de Gijón* va a ser reformado

Biografía del popular cenáculo literario
Por José Luis CASTILLO-PUCHE

Blanco y Negro

26 Enero 1963

EL «CAFE DE GIJON»

Un archipiélago literario en el que cada tertulia es una isla

Por José Luis CASTILLO-PUCHE

DESDE el rincón provinciano uno había soñado, lo había deseado infinidad de despertares, llegar a Madrid y entrar al café *Gijón*. ¡A conquistarse la fama, nada menos!

Uno se conocía el *Gijón* de fotografías, con sus letras de oro de «Gran Café», su colgante anuncio de tienda de moda al cobijo de los árboles de Recoletos, árboles y edificios con mucha historia. ¿Era el número 21? Sí, era el 21. Además no habría modo de engañarse. El *Gijón* podría ser un café más, pero *Gijón* no había más que uno. A través de los tres amplios ventanales siempre se retrataba alguna figura pensante, con la pluma en la mano. Entrar allí sería sentirse inspirado forzosamente. Uno se quemaba en ansias de pisar tierra madrileña y de penetrar en el *sancta sanctorum* del arte, de la poesía e incluso de la vida...

¿Cómo sería la estatua movable, inestable, oscilante, revolucionaria de Angel Ferrant? Eso mismo ya era un aliento para la creación. Fuera prejuicios. En las provincias uno se asfixia, lo ahogan. ¿Cómo sería la decoración del café? ¿Sería cierto que botellas y repostería tenían de fondo un *mapa mundi* de sugerencias al buen libar y que todo aquello junto: botellas, dados, cartas, copas, constituían algo así como una dominguera greguería ramoniana?

Ardía uno en impacencias por colarse definitivamente en aquel profano cenáculo. Era la vocación irretardable de uno mismo.

¿Quién me dio las letras comendaticias? Creo que fue Valbuena Prat, y me las dio, por cierto, en otro *café literario*, el *Santos*, en Murcia, que acaso podría tomarse como una modesta sucursal del *Gijón*, despacho central de billetes para la gloria literaria.

Y me vine. A probar fortuna y suerte. A ver si era verdad que la tentación que sentía dentro era más fuerte que yo mismo.

Y llegamos a Madrid. Y, casi derechos, nos fuimos al café de *Gijón*.

¿Qué joven con vocación literaria que haya llegado a Madrid no ha hecho lo mismo?

La impresión de un novato

Recordaré siempre mi primera entrada en el *Gijón*. Como quien se presenta a Palacio, llevaba mi carta de presentación para una casi famosa figura literaria. Fui por la mañana.

Lo primero que me extrañó fue la puerta giratoria. ¿Por qué no me pareció propia de un *café literario*? Los ciegos que en aquel momento entraban y salían la cruzaron con más resolución que yo. Una vez dentro alguien me rió. Había dejado el pesado terciopelo de la cortina cogido en una de las aletas.

No estaba mi introductor, cuya figura era inconfundible. En las mesas de delante había gente con papeleríos, pero no eran poemas ni novelas. Escuché como pude. Aquello era un pasillo de pasantes de notaría o de abogados en ejercicio. El tufo jurídico me echó para atrás. Seguí avanzando, decidido. Había un ciego que, discretamente, acariciaba a una muchacha. Delante tenían un libro cerrado. Luego, estratégicamente situados, vi a algunos muchachos que, con cuadernos de apuntes delante, machacaban textos. Eran los clásicos y sempiternos opositores. Al lado de la ventana, dos tipos con caras de golfos o de mangantes me miraron despreciativamente de

El Jón
Restaurante

He aquí
el popular cenáculo
literario
de Madrid,
testigo
de muchas ilusiones
colmadas
y frustradas.

«El Gijón»,
sede
del bello
oficio de
las letras

40 ↗



Una estampa
de la época florida
del "Gijón".
Ambiente intelectual
y café con leche.



arriba abajo. ¡Ay, Señor, que difícil es conquistarse la gloria literaria!

Me senté un rato, más que nada por timidez. Allí, en aquel raído peluche colorado, había puesto su pequeña humanidad Jardiel Poncela y su bien sudado cuerpo Gómez Carrillo. Allí había hecho temblar de risa los muelles del asiento el barbarote de Muñoz Seca, o había dejado abandonada lánguidamente su barba de sabio Ramón y Cajal mientras dormitaba el cansancio de alguna postrera aventurilla. Allí había apoyado su cabeza mirándose al espejo el tierno Federico, o había juntado sus anchas espaldas como para apuntalar el edificio el jurisconsulto Calvo Sotelo. ¿Dónde se sentaría don Melchor a perforar libros? ¿Dónde tendría su rincón el viajero de la grácil sombra, Eugenio Montes? ¿Cuál era el trono ruinoso y siempre floreciente, el trono decadente y alado de César? ¿No era por entonces González Ruano el testimonio vivo de la supervivencia de eso que se llamó vida literaria?

El Gijón, de entrada, me pareció un café muy conservador, aunque también había dos o tres falangistas en traje de ceremonias y tres o cuatro señores ya maduros, allá, en un rincón, que hablaban de política—seguro que estaban hablando de política—con aire de espiritistas.

En el mostrador había ricas viandas y de la cocina salían vahos inspiradores. Llamo ricas viandas a las ostras, los trozos de tortilla, las cigalas, el jamón, los chorizos. No llamo ricas viandas a los pasteles, que no me gustan. Unos personajes pegados a la barra celebraban algún asunto tomando combinaciones enteras y whiskies a las doce del día. En aquel grupillo que se hacía el despistado y tontín, ¿no habría policías? También había policías.

Pero ¿no era uno de ellos Diosdado? A lo mejor, lo era. ¿No era el otro Fernán Gómez? Entonces no eran hombres de negocios que cerrasen algún trato. A lo mejor era sólo que se parecían a los dos famosos actores. De pensar que en este café Gijón había tenido sus primeros idilios la Celia Gámez a uno le entraban ganas de tomarse una ginebra, pasara lo que pasara. Pero me habían advertido que el Gijón era muy caro y no me atreví. Pedí un café con leche y gracias.

Al salir me di de narices en la puerta con la figura a quien quería ver para que fuera mi guía e introductor en la Corte.

—¿Es la primera vez que vienes al Gijón?

—La primera vez.

—Pues ya estás bautizado. Has entrado en el mundo de las letras.

Y me señaló el sitio donde habíamos de sentarnos. Una vez allí llamó al camarero y dijo:

—Esto hay que celebrarlo. Este joven nos invita.

Y llamó a un muchachito pequeñajo con cara de listo que estaba en la mesa de al lado.

Ya pertenecía al noble y bello oficio de las letras.

«CAFE DE GIJÓN»

Actores, poetas, pintores...

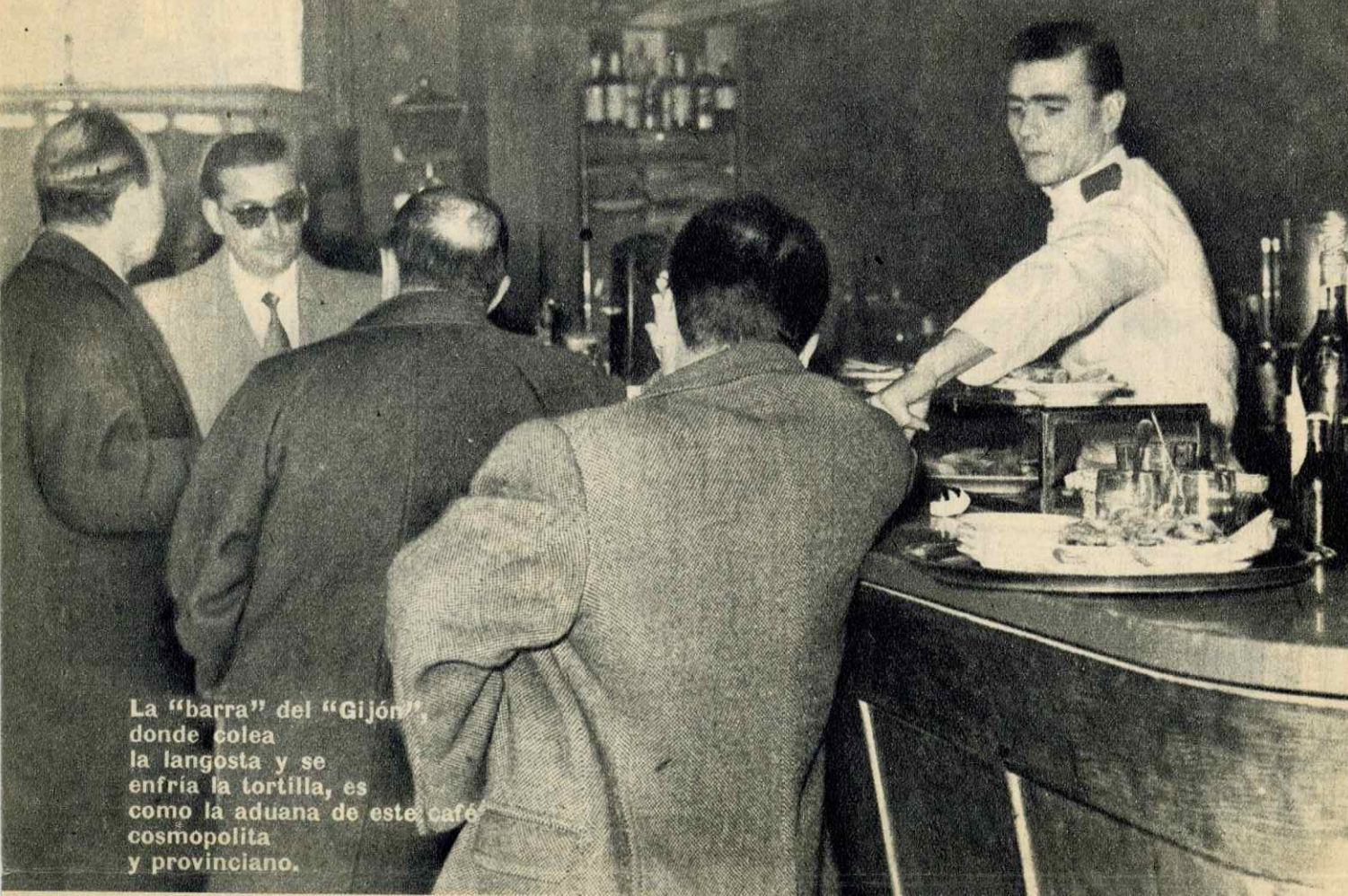
Las tertulias se forman por afinidades profesionales. Las hay de actores, de pintores, de poetas. En cada una se discute de temas propios, aunque no faltan las incursiones a otros campos. Abajo, tertulia de cómicos. Guillermo Marín, Enrique Diosdado y Pastor Serrador. Un invitado: el antiguo matador de toros Luis Gómez, «el Estudiante». Serrador simula limpiar el calzado a Marín. Una broma ante la cámara.



Poetas
y más poetas:
Juan Pérez Creus,
Ramón de Garcíasol,
José García Nieto,
Luis López Anglada,
Enrique Caballero,
Manrique de Lara



En la tertulia
de plásticos,
los pintores
Martínez Novillo, Arias,
Ramis y Conejo,
con el escultor
Cristino Mallo
y otros amigos.



La "barra" del "Gijón", donde colea la langosta y se enfría la tortilla, es como la aduana de este café cosmopolita y provinciano.



Justo Alonso, Fernando Fernán-Gómez, Francisco Rabal y Manuel Mampaso.

«CAFE DE GIJÓN»

Cela siempre entraba pisando fuerte

El *Gijón* iba a ser el santuario en donde me había tocado velar las armas. Poco a poco fueron llegando escritores. Presentaciones. Palmadas en la espalda.

Para mí todo lo demás no existía. Ni las parejas del año catapún que hacían manitas, ni los militares estrategas que hablaban de Marruecos, ni los nominales consejeros de empresas que planeaban bonitos negocios, ni siquiera los palurdos provincianos, como yo, que asomaban la cabeza creyendo que iban a encontrar qué sé yo, acaso mujerío, y que se iban por donde habían venido. Yo no estaba atento más que a las nuevas amistades. Y por dentro pensando si llevaría bastante dinero encima para pagar la cuenta.

Exitos marcados y días de gloria

Todavía eran años de cierta facundia literaria.

Recuerdo al Cela de entonces, que siempre entraba pisando fuerte. No podía uno suponerse que aquel banderillero de la novela, tan espigado y pálido, tan delgaducho, lo cual le hacía el cráneo más sobresaliente y abombado, sería muy pronto el orondo académico de ahora. Será verdad que los éxitos engordan. Recuerdo el día del triunfo de Suárez Carreño, con aquella sonrisa como de colegial premiado. A veces se ponía a escribir mirando al sedante y ajetreado paseo. También recuerdo la noche de consagración de Buero Vallejo, con su risa condescendiente y un tanto patética de calavera sufrida, respondiendo a las felicitaciones con sobrias pero emocionadas inclinaciones de cabeza. En el *Gijón* vi las primeras lágrimas de confusión y alegría de Ana María Matute, con aquellos ojos que siempre parecieron más dispuestos a la congoja y a la pena que al asombro gozoso.

Allí teníamos a Lorenzo López Sancho (Isidro) con su mujer, a Carmen Conde y a Antonio Oliver, y todas las gentes que llegaban con tufillo regional como yo.

Por supuesto, no era la vida literaria de *Pombo*, según cuentan, ni mucho menos; pero también había de vez en cuando cátedra pontificante. Un día era Torrente Ballester, que esclarecía una cita de Sthendal; otro día era Federico Sainz de Robles, que nos ilustraba alguna estatua de Madrid con datos y anécdotas como inventados. Llegaba Marianito Rodríguez de Rivas, con una carta de Larra o de Federico; leía Pilares en un rincón con aire de manifiesto una bondadosa crónica de sus mineros; peoraba altisonante, fiero, retador, Ramón Eugenio de Goicochea; el pronóstico, por lo general certero, alguna vez fantástico, siempre estaba a punto en

labios de don Vicente Gállego, con esos ojos un poco oblicuos como hechos para mirar el futuro; de vez en cuando aparecía Díaz Plaja, Fernando, y, más raramente, Guillermo, y también esporádicamente, Antonio Gallego Morell, a quien el *Gijón* es como si se lo sirvieran en bandeja, porque vive al lado. ¿Cómo olvidar la cara de felicidad de Joaquín Calvo Sotelo cuando el estreno de su «Muralla»? De mesa en mesa, como una ardilla, iba Castresana hasta que Zanzunegui lograba centrarlo. Juan Antonio a veces nos leyó allí trozos inéditos y no es fácil perder la imagen: de vez en cuando dejaba de accionar con ademán persuasivo y se tiraba del cuello de la camisa alargando el cuello de carne en un tic nervioso.

Los juniors, no ya tan juniors

Siempre un poco distantes y particulares en todo, en preferencias y aversiones, nacía entonces un grupo menos discursivo y más dialéctico, más combativo y menos sociable a pesar de su programa de extremosa sociología. Era un grupo realista, pero también utópico. Allí nos reuníamos Alfonso Sastre, Luis Delgado Benavente, Aldecoa, Ferlosio, Fernández Santos, José María de Quinto... A veces, a la hora del aperitivo, indefectiblemente a la del café. La novedad de este grupo consistió también en que, en la mayoría de los casos, iba incorporando, conforme nos casábamos, a las mujeres, no sólo a la literatura, sino a la tertulia. Es el caso de Carmina Martín Gaité—quien recibió por entonces el premio «Café Gijón», que sería el primero de su carrera—y también Josefina Rodríguez... Si no eran escritoras netas, eran y son mujeres con inquietudes algo más que literarias, intelectuales sin pedantería aunque con magisterio, artistas de vocación y algunas de oficio. Este grupo se caracterizaba por su actitud exigente y crítica, por su desdén al conformismo, aunque con el tiempo ya se han bifurcado en muchos matices y entienden de distinto modo el *bene essere*. Sastre, con su bondadosa sonrisa, alguna vez airado; Ferlosio, excéptico, socarrón y, al mismo tiempo, crédulo, infantil, caprichoso; Aldecoa, violento y cansino, templado y malhumorado; Jesús Fernández Santos, incisivo, pausado, razonador. Sánchez Ferlosio llegaba siempre con alguna bella manía entre manos o entre ceja y ceja (hasta que un día le largó un mandoble al hijo de don José en el mostrador y se fue para nunca más volver). También Delgado Benavente con su pipa, no sabemos si encendida o apagada, pero siempre cavilando, flemático, aburrido, soñador... Y también José María de

Todas las horas del café

La vida del café corre a lo largo del día y de la noche. El reloj, viejo e institucional reloj del «Gijón», marca las horas y determina las consumiciones de los clientes. Del madrugador que acude a desayunar, al nocheriego que apura la última copa antes de irse a la cama. La corriente humana fluye continua en el café, donde, casi como en una oficina, un tablón de anuncios dice de los actos más importantes de la vida intelectual y aun informa de otras cosas mucho menos elevadas.



Después de arduas
e intrincadas
especulaciones sobre esto
y lo de más allá,
un montón
de farras vacías.

A veces, la tertulia de los poetas era la

Quinto, con su mímica, su sarcasmo y sus risotadas... Y Pilares, con ingenio al minuto, destripador de terrones convencionales, pacífico a fuerza de escatológicas iras...

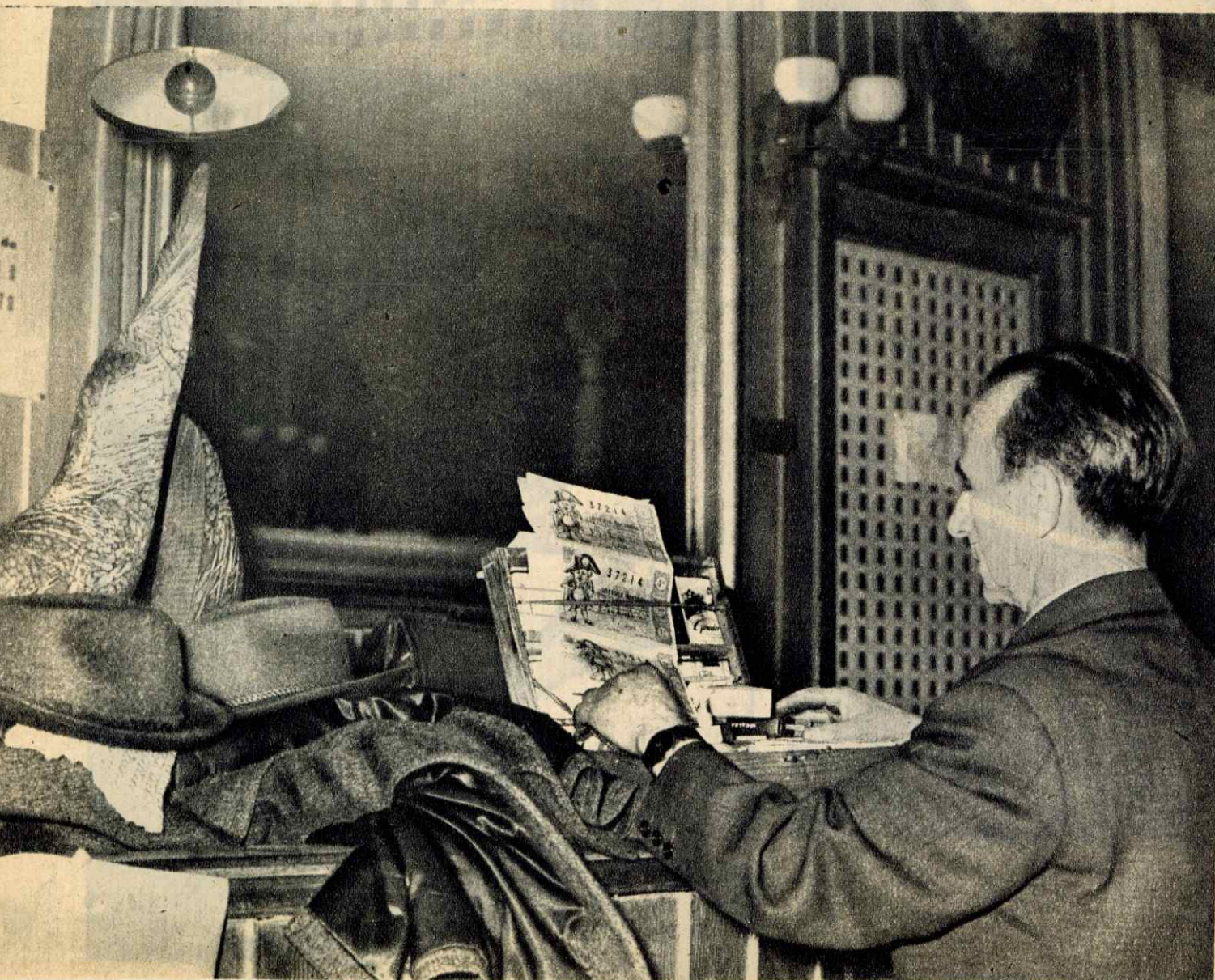
Pero era un tiempo bello y todavía no se había abierto la brecha de los reproches y de las amarguras de unos con otros.

Juventud creadora o el padre de la criatura

Entre todos los grupos o grupitos, porque el *Gijón* es algo así como un archipiélago literario, reclama-

ban el mando y la paternidad los de la *Juventud Creadora*, que ciertamente algo tenían de «padre de la criatura». Era natural. Habían llegado los primeros y ocupaban más espacio que las demás insulas juntas. Allí, en concilio siempre abierto, pero con sesiones más solemnes a la hora del café, estaban los poetas, todos siempre un poco arremolinados alrededor de García Nieto, oficiante sonriente en el culto a las musas, expedito en ir y venir, en levantarse y volverse a sentar. En los primeros tiempos se emparejaba mucho su atildada figura con otra mucho más delicada y fina, la de Pedro de Lorenzo, cuasi angélico, dulcificado en el reír, alguna vez detonante, siempre silencioso, quién sabe si maquinan-

Junto a la escultura equilibrista de Ferrant, el cerillero con la fortuna de la lotería siempre en la mano. «Mañana le pago» es frase que no le asusta escuchar. También junto a la estatua, un improvisado guardarropa.



más numerosa de todas las del «Gijón»

do esas quinielas literarias o políticas que tantas veces están rozando los 14 resultados; y por allí cerca, como personaje espion del Santo Oficio o de alguna cofradía misteriosa, andaba Juan José Garcés; o Eugenio Mediano, con cara de contrabandista ricachón; o Julio Trenas, con facha un poco de organista de colegiata, gestos de escrupuloso a quien en mitad del claustro le asaltan terribles tentaciones; Pérez Valiente, subversivo, alguna vez desesperado, pero casi siempre conforme; Azcoaga, irritado, irritador e irritante, aunque siempre correctísimo entonces; Pérez Creus, con cachimba de traficante en Dios sabe qué; Manrique de Lara, aspirante a prototipo entre lo romántico y lo actual; Garcíasol, exacto y pesado

como un arcabuz; Eladio Cabañero, sencillote, natural y bueno como un pan de cinco kilos...

A veces este cotarro de la poesía era más cuantioso. Y en los días de pleno estaban también palpitando sonetos Rafael Morales, a quien yo, cuando no lo conocía, no sabía dónde colocarlo si entre los jerarcas de la Orden Tercera o en un despacho cruel para desbravar novilleros ilusos; López Anglada, un poco desbaratado, aun cuando en los días de gala usaba banda morada; y más gente que se pegaba: Eusebio García Luego, como el pariente pobre de todas las familias literarias juntas; Fernández Figueroa, arbitrario, inconexo, exaltado y, a pesar de todo, gran tipo, y Rafael Montesinos, como huérfano in-

Comentarios en tertulia. J. L. Castillo-Puche, autor de este trabajo, con el comediógrafo Joaquín Calvo Sotelo; el titular de la sección de Política Internacional de BLANCO Y NEGRO, Vicente Gállego, y otros amigos.



A Baroja le producía gran curiosidad

consolable... Todos ellos, cuando aparecía Gerardo Diego y se sentaba, entre ellos, aun estando ausente, se sentían como amparados, rebotantes y plenos, y en algún momento se callaban.

Personajes sueltos

Lo bueno era que el café *Gijón* tenía vida propia. Todavía no había llegado la invasión de los actores, actrices, gentes del «cine», de la «tele», hijos de papá que venían a asustarse un poco con la licencia que se decía, misterio de los misterios... Al *Gijón* llegaban también alguna vez políticos de turno o aspirantes a líderes creyendo que allí podría cocerse o se estaba cociendo alguna gran tostada, ingenuidad la mayor de todas. Sin embargo, entonces todavía había cierto respeto para el escritor, aunque fuera un «pelao» y algunos hasta recibieran préstamos de los camareros. Pero, poco a poco, fueron entrando en tropel seres mixtificados, el café fue cerrando cada vez más pronto y el café *Gijón* fue perdiendo carácter. Desapareció la torrentera de Jaime Suárez, destripador respetuoso, y el brío parlamentario de José Luis Gallardón, que ya sólo aparece de uvas a peras.

El caso es que uno entraba y veía a Tono más serio que un búho amasando algún lindo destarifo; o se sentaba al lado de Pascual de Lara a verlo emborronar el dibujo que tendría que cobrar aquel mismo día si quería comer caliente, cosa que a uno también le pasaba con sus artículos; o veía pasar como un bólido a Juan Gich con una cartera muestrario llena de trozos de madera de la Guinea y, mezclados, los originales del próximo «Correo»; o nos asombrábamos de ver a Elena Soriano enzarzada con Angela Figueras en una ardua discusión metafísica, con gran azoramiento de Maruchi Fresno.

Entonces todavía se rabiaba y pataleaba con la justicia o la injusticia de los premios literarios, justa o injustamente dados. Aquí llegaban rumbosos los editores, como Lara, para llevarse a comer a los pobrecitos noveles hablándoles de tantos por ciento y de traducciones; allí, como un paje del Renacimiento, llegaba Marín Gómez Santos de la mano de Mary y anunciando a César... mientras Edgar Neville repartía abrazos.

Eran tiempos casi felices. De vez en cuando alguien recibía un par de bofetadas, pero el café seguía abriendo sus puertas. Allí se recibía y se sigue recibiendo con fiabilidad la correspondencia, aun la más reservada. Los camareros eran amables, prudentes... La tradición de los camareros del *Gijón* forma parte del tabú. No puede ser cualquiera ca-

marero en el *Gijón*. Más que camareros parecen un poco ujieres de la inmortalidad. Las caras de Pedro, de Vico, de Manolo, de Garrido, de Juanito, de Emilio, son ya algo más que caras familiares. Son instituciones y fueron desde el primer instante administradores de los dones más preciosos. Ellos lo saben, aunque, a veces, manden con viento fresco a los sucedáneos que se cuelan.

Don José, muy serio, despegado un tanto del prestigio banal, presencia desde la barra el cotidiano desfile. A veces parece un director de circo que ha perdido la afición.

¿Quién obligó a la subida de precios y quién trajo las bataholas innumerables de gentes incalificadas? ¿Quizá Alfonso Paso? Ahora, sobre todo a ciertas horas, el café está lleno de extranjeros, de comerciantes ricos, de familias honestísimas... El escritor entra y sale como cumpliendo un rito o una tradición, pero no deteniéndose horas y horas como antes. Probablemente es que el signo de los tiempos ha hecho cambiar un poco la fisonomía de la vida y el talante de las gentes. Antes, aunque de tarde en tarde, a la salida de los teatros, aparecía alguna de esas figuras intocables: un Laín Entralgo, un Sánchez Mazas, un Cossío, un Dámaso, un Aleixandre..., pero la verdad es que siempre se sintieron un poco incómodos.

El *Gijón* de Baroja, «Azorín» y Ortega

¿Se puede decir que el café *Gijón* sea un café literario? ¿Se llevó bien alguna vez el *Gijón* con la bohemia? Es, al menos, lo único que tenemos con un poco de carácter, y su género de bohemia, yo creo que ya desde los comienzos, ha sido una bohemia especial, amalgama de muchas cosas extraliterarias.

—¿Qué es lo que pasa en el *Gijón*?—me preguntaba algunas veces Baroja.

—No pasa nada—le respondía yo—. A veces se discute un poco esto de los premios.

—Me han dicho que Cela y Zunzunegui han estado a punto de pegarse.

—Sí, algo de eso ocurrió, pero no llegó la sangre al río.

—Yo creo que hubiera podido el vasco.

—Por lo menos es el que tenía más ganas...

—Ese café tiene que ser muy aburrido. Me han dicho que algunos escritores toman allí chocolate con picatostes o consomé. ¡Qué cursilería! ¿Y será verdad que González Ruano se toma por lo menos diez cafés? ¡Qué bárbaro! No sé cómo no revienta. Y tiene que ganar mucho dinero. Y dicen que al *Gijón* van muchos militares.

el «Gijón»; Hemingway no quiso entrar

—Algunos van.

—Pues eso tiene que ser un fastidio.

Baroja sentía curiosidad, pero nunca quiso acercarse. ¿Para qué? Para colmo, era uno de los cafés más caros de Madrid.

Otro día, «Azorín», otro hombre de tertulia literaria en sus mocedades, me decía:

—¿Es verdad que el café *Gijón* no está muy ventilado?

—Según... Según lo que quiera decir.

—No me acuerdo quién me decía el otro día que, a veces, no se ven unos a otros del humo.

—Eso es por las noches. En los días de estreno, sobre todo.

—Los cafés ya no serán nunca lo que eran antes. Y menos los literarios.

«Azorín» ha pasado bastantes veces por la puerta del *Gijón* y ha mirado hacia dentro. Pero no se le ha ocurrido entrar.

A quien se le ocurrió entrar un día fue a Ortega y Gasset. Recuerdo que estábamos enfrascados en una de tantas estúpidas discusiones que se propagaban de corro en corro e incluso de mesa en mesa cuando de repente cundió por el salón un apabullante *chistttssss*. El silencio se mascaba.

—¿Qué ocurre?

—Que ha entrado Don José.

—Siempre está entrando y saliendo.

—Pero, bruto, si no es don José, el dueño; es don José Ortega y Gasset.

—Ah, ah, ah.

La visita no fue larga. Don José se sentó y estuvo mirando y observando. Alguien se acercó para brindarle el homenaje de nuestro respetuoso silencio. Al entrar el filósofo se acabaron las palabras vanas y las discusiones locas. Y todos, más que nunca, nos sentimos un poco genios. Sobre algunas cabezas brilló fugazmente, oh, la llamita de la celebridad. Pero Ortega, diciendo que volvería, se fue. El salón quedó a oscuras de repente y comenzaron de nuevo los exabruptos y las pullas. Ortega ya no volvió, que yo sepa.

Hemingway no quiso entrar

Sabido es que no sólo los escritores españoles que ejercen fuera—en tierras de misión diríamos—, sino también las grandes figuras literarias saben que existe el *Gijón*. Cuando llega Guillermo de Torre a Madrid no será difícil aguardarlo allí.

Un día paseaba yo por Recoletos con Hemingway y le dije:

—Si quieres, entramos al *Gijón*.

—Ahí no se me ha perdido nada.

—Te advierto que hay gente que te estima y te quiere.

—No importa. Yo soy enemigo de las tertulias literarias, y no sé por qué, más que de ninguna, de esta del *Gijón*. Todos éstos, convéncete, son unos soplagaitas. Y no pierdas el tiempo... Te lo dice un amigo.

Los más fieles, los pintores

Los pintores y los escultores están resultando los más fieles. Ellos eligieron su sitio y de ahí no hay quien los saque. Se llegue a la hora que se llegue, siempre habrá alguno montando la guardia.

Alguien creyó que con la huida de Eduardo Lloset se dispersaría la grey del pincel, pero no ha sido así. En la barra es fácil encontrarse a Pedro Bueno, a Mena, a Sáez. Yendo de un lado para otro, a Mampaso, mofletudo y desgano, impetuoso en su línea; Valdivieso, puntualizador, hablando de la pesca del lucio; Conejo, contando su última excursión y su último accidente riéndose él mismo por todos; Arias, filósofo y pillín; Eduardo Vicente, sentencioso en su mudez, auténtico siempre; Clavo, mordiente, barredor; Juan Guillermo, tranquilo; Planes, estolicismo y humor de huertano; Marva Antonia Dans, cada vez más interesante en sus renuevos; Molina Sánchez, seráfico hasta cuando está disgustado por algo; Moreno Galván, justiciero; Redondela, fantástico en su propio retrato; Novillo, juguetón; Quirós, con cara de burlador burlado; Pancho, luminoso y sordísimo, y entre todos y sobre todos, la presencia y la potencia de un Cristino Mallo, y la chanza humana, sabia y cordial de Esplandiú...

Ellos siguen allí y han visto pasar a muchos escritores y a muchos que querían serlo. No se impresionan por nada. Tan sólo cuando venden un cuadro por más de lo previsto.

Pero ¿nos van a reformar el local?

Ha sido estos días cuando se ha propagado la alarma y el escándalo. La noticia ha caído como una losa entre los escritores y demás consorcio...

—Nos dejan sin café.

—Ya se sabía que terminarían echándonos.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Eres tú el único que no sabes que van a transformar esto?

Hablamos con el hijo de don José, uno de los he-

Será reformado

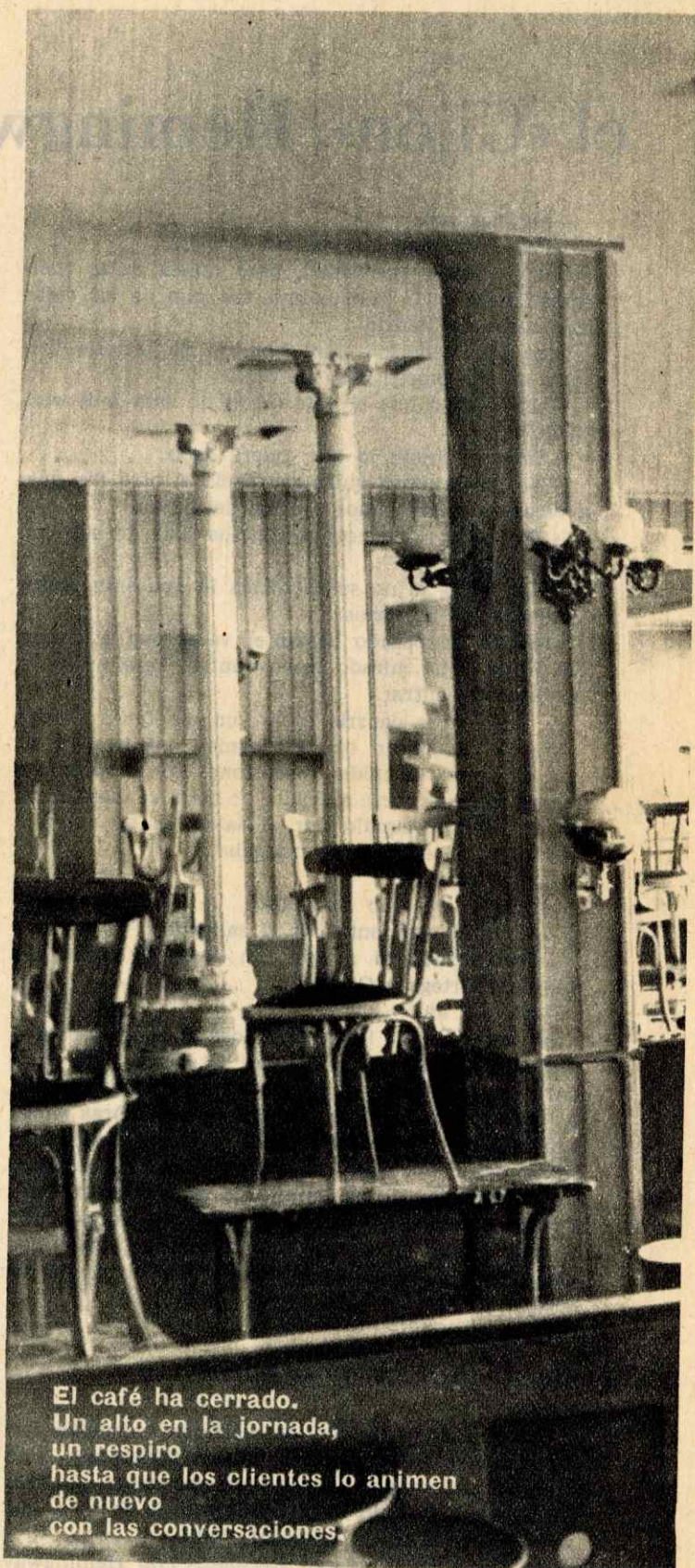
rederos de aquel don Benigno López, fundador. No hay tal, por lo visto. Se trata de que el café *Gijón* va a experimentar una transfiguración, pero para mejorar. Por lo pronto, abajo van a poner bar americano y restaurante. Nada, nada, la literatura, el arte, el cine y el teatro dan dinero. Más rumbosos resultan los escritores y los artistas que los ganaderos y los exportadores de cítricos. Arriba se va a poner refrigeración, por lo pronto. Bien pensado. Hay que airear las ideas de los creadores. Siempre que no se enfríen o se atufen, lo mejor es la ventilación. El enigma de Ferrant nos seguirá presidiendo. El reloj de las horas vivas y muertas, reloj que ha visto tantas cosas: llorar a Fernandito Guillermo de Castro; despotricar a Eugenia Serrano; rascarse la nariz nerviosamente a Evaristo Acevedo; apuntar en papeles que perdería luego a Carlos Fernández Cuenca; hacer rápidas semblanzas o entrevistas a Juan Antonio Cabezas; murmurar con buenas intenciones a Altabella; ponerse pesado a José Posada; encrespase a Díez Crespo; canturrear por lo bajo a Fernández Cid; emborracharse de triunfos a Mur Oti; enfermar de vigiliat a Carredano; encogerse de hombros a Marcial Suárez; reírse coloradito y triunfante a Carlos de Santiago; hacer palmitas a Caballero Bonald; dormirse a Acquaroni; emborronar cuartillas a Muñiz; escupir de asco a Concha Fernández Luna..., el reloj solemne y archiliterario, digo, seguirá marcando el tiempo de los anhelos que nunca mueren y también de los anhelos que fallan al tiempo mismo de concebírlos...

O sea, que el *Gijón*, en vez de irse especializando como una mágica caverna, se ha ido amplificando, se ha ido universalizando, y ahora, con bar americano y restaurante con buena parrilla, va a ser uno de los más heterogéneos del mundo... ¿Renunciarán por ello los novelistas, poetas, pintores, escenógrafos y actores a su barra y a sus mesitas, en donde, para mayor ironía, no se puede escribir ni una línea, pues son negras como pizarras ciegas?

¡Y qué pena y dolor para los escritores y pintores ver que nos asaltan y anegan gentes, si no espúreas del arte, si sofisticadas, que no sabemos de dónde vienen ni a dónde van! Pero así es la vida...

También dicen que para que el acceso a este santuario de las artes y de las letras sea más cómodo van a modificar la puerta. Nada de puertas giratorias, sino una puerta grande y ancha. Para que pase quien quiera. La gloria está hecha para todos...

J. L. CASTILLO-PUCHE



El café ha cerrado.
Un alto en la jornada,
un respiro
hasta que los clientes lo animen
de nuevo
con las conversaciones.

